

## 22. Implorar la misericordia

“Dios omnipotente tenga misericordia de vosotros, hermanos” (S. Gregorio Magno, *Diálogos* II,3)

Decía ayer que estas palabras de san Benito dirigidas a aquellos que querían envenenarlo, son al mismo tiempo intercesión y bendición. Son palabras que se sitúan ante Dios y los hermanos, entre Dios y nuestro prójimo, incluso entre Dios y nuestro enemigo, y, en el fondo aquel que las pronuncia se une a la gran oración de intercesión misericordiosa de Cristo crucificado: “¡Padre, perdónales porque no saben lo que hacen!” (Lc 23,34). Jesús en la Cruz, Jesús Hijo de Dios hecho hombre hasta morir por nosotros, es el mediador entre Dios y el hombre, es el gran intercesor y abogado entre la humanidad y el Padre. El Padre sabe lo que necesitamos, sabe que necesitamos misericordia, perdón, y no desea otra cosa que perdonarnos, que reconciliarse con nosotros. Pero somos nosotros los que necesitamos intercesión, los que necesitamos de la intercesión de Cristo, de la Iglesia, de los santos, de nuestros hermanos y hermanas, precisamente para descubrir que la misericordia que recibimos es don del Padre, y que basta pedírsela para recibirla, que Él nos ha escuchado ya antes de que se lo pidamos. Como nos hace comprender Jesús en el momento de la resurrección de Lázaro: “Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: «Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Yo sé que siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado.» Dicho esto, gritó con fuerte voz: «¡Lázaro, sal fuera!» Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Jesús les dice: «Desatadlo y dejadle andar.»” (Jn 11,41b-44).

La “gente que está alrededor”, entonces como ahora, necesita ver la mediación de Cristo, su oración al Padre que obtiene todo, que obtiene la vida, incluso cuando se está ya muerto y descompuesto. Jesús es el primero que “no desespera jamás de la misericordia de Dios” (cfr. RB 4,74), de la misericordia del Padre para con todos. La oración de Jesús es, como decía, intercesión y bendición, es una epiclesis, literalmente un “invocar sobre”, una invocación del Espíritu Santo que desde el Corazón de Dios se derrama sobre el mundo, sobre la humanidad, para transformarla, como el pan y el vino de la Misa, en el único Cuerpo y Sangre del Hijo de Dios.

“¡Dios omnipotente tenga misericordia de vosotros, hermanos!”. Cuando Benito reza así por y sobre sus enemigos, hace una epiclesis, invoca al Espíritu Santo para que recomponga la división profunda que la corrupción y el pecado de estos monjes ha creado en ellos mismos y en el Cuerpo de Cristo.

Así pues, hemos de darnos cuenta de que toda la oración a la que nos educa la tradición de la Iglesia, la tradición monástica, benedictina y cisterciense, es de esta naturaleza. Es siempre como si cada oración personal y comunitaria no fuese otra cosa que la repetición continua sobre el mundo de esta epiclesis de misericordia: “¡Dios omnipotente tenga misericordia de vosotros, hermanos!”

Una invocación, entendámonos bien, que no hagamos solo sobre los demás, sino también sobre nosotros mismos, como cuando el rey David reza el salmo 50, el *Miserere*, porque también nosotros “envenenamos” con frecuencia con nuestro mal, con

nuestra envidia, con nuestra mezquindad, con nuestra maledicencia, el “vino bueno” de las bodas del Cordero, la Sangre de la alianza y de la comunión que Cristo ha derramado por nosotros hasta la última gota.

Los Salmos, evidentemente, son la gran inspiración de la oración de san Benito. Cuando entré en Hauterive se rezaba todavía todo el Oficio en latín, en la versión de la Vulgata. Aunque sabía latín, tengo que confesar que no me ayudaba mucho a estar atento al texto de los Salmos y a hacerlos míos, pero al menos en aquellos años me conmovía la enorme frecuencia de la palabra “*misericordia*” en los Salmos, y a partir de ahí comencé a meditar sobre este tema en toda la Sagrada Escritura. Los Salmos son un continuo mendigar misericordia y una continua alabanza a Dios por su eterna misericordia. “No desesperar jamás de la misericordia de Dios” significa, en el fondo, no separar la petición de misericordia de la alabanza por haberla recibido. La esperanza, como la fe, es un deseo que está ya seguro de recibir. Como cuando Jesús dice al Padre: “Yo sé que siempre me escuchas” (Jn 11,42).

Para san Benito y los monjes antiguos, los Salmos eran escuela de oración. Después de la recitación de cada salmo, se permanecía brevemente en silencio para rezar, para expresar con el corazón la oración inspirada por el salmo.

Una de las expresiones de los Salmos, que prolongaba y dilataba la invocación y la alabanza de la misericordia de Dios, era y es lo que la Regla llama “Letanía”, que san Benito hace coincidir con la oración de súplica. En efecto, habla de “*supplicatio litaniae* – la súplica de la letanía” (RB 9,10), que se puede traducir por “súplica litánica”. Se trata de una súplica reiterada, prolongada, de la repetición de fórmulas fijas de invocación. En la Regla esta súplica litánica es fundamentalmente el *Kyrie eleison*. En efecto, san Benito escribe al tratar sobre el modo de terminar las Vigilias de la noche, que después de la lectura del Apóstol viene “el verso, la súplica litánica (*supplicatio litaniae*), es decir, el *Kyrie eleison*. Y así se terminan las Vigilias de la noche” (RB 9,10).

El *Kyrie eleison*, como sabéis, quiere decir “¡Señor, ten piedad!”. Es un grito que expresa nuestra dependencia y nuestra confianza en el *Kyrios*, en el Señor. Es, por lo tanto, un grito de alabanza, que reconoce que el Señor es Dios, que el Señor es grande y bueno. Basta pensar en los pasajes del Evangelio en los que los pobres gritan “*Kyrie eleison!*” a Jesús para obtener perdón, curación, salvación (cfr. Mt 9,27; 15,22; 17,15; 20,30-31; Mc 10,47-48; Lc 17,13; 18,38-39). Estos hombres y mujeres que sufren por la miseria, el tormento del maligno, la ceguera, la lepra, es decir, por todas las situaciones ante las que el hombre no puede hacer nada, gritan con insistencia “*Eleison!* ¡Ten misericordia!”, siguiendo a Cristo, repitiendo continuamente su grito, llamándolo “*Kyrios*-Señor”, “Hijo de David”, “Maestro” o, sencillamente “Jesús”. La suya es una súplica llena de fe, que Jesús premia. Jesús nos hace comprender que la fe se expresa también con la constancia de la invocación, de la petición de misericordia. Esto quiere decir que un modo de “no desesperar jamás de la misericordia de Dios” es también, y quizá sobre todo, el de no cansarnos de pedirla, de suplicarla al Señor. No se desespera jamás cuando se reza siempre. La esperanza invencible es la oración incansable. Quien reza, espera; y quien espera, reza.